

San Feliu y sus Calles Calle de la Luna

Esta calle se inicia en la de Nueva Garrofers, cruza las de Penitencia, Bajada del Puig, Santo Domingo, Cruz, Algabira y Gerona, y fine en la calle Eras.

Mide unos 515 metros de longitud con una anchura de 4'50 aproximadamente. La cifra más alta en la numeración de sus casas es la número 43.

La calle está provista de aceras y su suelo es de tierra apisonada en su mayor parte, con una sección de empedrado, siendo su transcurso muy accidentado.

Principia la calle de la Luna con un franco de 9 escalones y una subida bastante empinada hasta alcanzar la cumbre del Puig. En este sector está enclavada la llamada « Torre de les Aigües », edificio cuadrado de unos 20 metros de altura, en el cual están situados los depósitos de recepción y distribución de agua potable de gran parte de los barrios de la ciudad.

La altura de esta torre y lo elevado del lugar donde está asentada hacen que la misma sea visible de lugares muy alejados, siendo una de las características de San Feliu.

Superada la cima del Puig, la calle de la Luna desciende pronunciadamente, con dos tramos de escalera, y un total de 27 escalones.

Desde la calle Santo Domingo a la de Gerona, la calle de la Luna, es relativamente llana, pero en su última manzana se eleva nuevamente. Las casas de la calle son casi todas de un piso, aparte del bajo, existiendo 6 fábricas y 2 establecimientos.

En la calle de la Luna reina casi siempre la tranquilidad, a lo que constituye el hecho de que varios de sus sectores corresponden a huertos o patios de casas situadas en calles colindantes.

Desde la altura del final de la calle se divisa un panorama singularísimo, y que, de no tener conocimiento de la situación marítima de San Feliu, haría sospechar que nuestra ciudad está asentada en pleno Pirineo. Efectivamente, la Montaña de Las Comas que constituye el fondo del paisaje, con su altitud de consideración, sus conglome-

Reflejos

EL HOMBRE DE LOS SECRETOS

No es ningún personaje misterioso ni ejerce profesión alguna relacionada con el hipnotismo y las ciencias llamadas ocultas. Al contrario, su labor la realiza a la vista del público y en plena luz del día. Le vemos todos y podemos seguirle en su misión, paso por paso, ya que no tiene nada de secreta.

¿A qué pues llamarle el hombre de los secretos? Pues porqué los lleva, y a centenares, bajo su brazo, aunque él mismo ignore la especie de los mismos. Es el cartero.

Ese hombre popular por todos conocido, y con el cual nos cruzamos en la calle es portador de multitud de secretos sin que el mismo conozca su transcendencia. Los va llevando ordenadamente, cada uno a su destino, sencillamente, mecánicamente, casi, ajeno voluntariamente a la importancia de su cometido.

El sabe, sí, que debe cumplir con rigor el mandato que un comunicante desconocido ha escrito en el blanco rectangular de un sobre. Sabe que entre aquél y el destinatario pueden existir infinidad de motivos de relación, y que en el envoltorio que lleva en la mano puede estar contenida la llave de la felicidad o la fortuna, para unos; la desdicha, el desengaño o la desesperación, para otros, y la frase esperada, necesaria, para la continuidad de sus empresas, para los más. Pero no piensa en ello, no puede ni debe pensar en ello. Es ardua y urgente su misión de enlace, y no cabe en ella la investigación ni el curioso. Además, aunque pudiera deducir supuestos intereses de las particularidades de sus entregas, tiene, como el abogado, el médico y el sacerdote, su propio secreto profesional que le impediría revelarlos.

Así cual simple repartidor de esquelas sin importancia, sigue su camino, imperturbable, parándose acá y acullá, para ir haciendo entrega de los innumerables secretos de que es portador, como enlace que es entre personas distanciadas y que, gracias a él, pueden continuar sus relaciones, afectivas o comerciales, sin ninguna interrupción.

Por su utilísima labor, silenciosa y abnegada, repleta de responsabilidad, debería el cartero ser objeto de público homenaje en un determinado día del año. Debería establecerse oficialmente, también, el día del cartero, así como tienen su jornada anual tantas otras profesiones de menor empeño. Una jornada en la cual, por ejemplo, por una vez al año, e invirtiendo los papeles, fueran los vecinos del barrio de su demarcación quienes acudieran a la Oficina de Correos a hacer patente su agradecimiento al portador de sus secretos.

Pocas profesiones poseen mayores méritos para merecerlo. Por eso sería justo y razonable que entre los 365 días que él está a nuestro servicio, uno, tan solo, fuera señalado como su día: el Día del Cartero.

Xavier

Una máquina de lavar ropa para ser buena de verdad debe lavar sin dar vueltas a la ropa, que es cuando se estropea.

LA UNICA LAVADORA ESPAÑOLA CON ESTE SISTEMA ES LA

“Edesa”

construida según modelos «General Eléctric» y con certificado de la A. E. E.

Pida detalles y una demostración al Distribuidor

JUAN PUIG

Mn. j. Verdaguer 13

San Feliu de Guixols

Instantáneas

Tacones para equilibristas

Que la mujer está más sujeta a la moda que el hombre es cosa evidente. Las modalidades más extremadas en el vestir siempre aparecen en el sexo femenino. Ahora mismo porqué a alguien se le antojó que las señoras podían andar haciendo equilibrios sobre sus deformantes zapatos, ya las tenemos sosteniéndose sobre unos tacones parecidos a buñuelos.

Menos mal que las que así calzan solo andan sobre asfalto y pavimentos de salón. Que si lo hicieran por las calles de los barrios altos de la ciudad, pronto cambiarían sus modernos zapatos por unas cómodas alpargatas.

Y sobre la cabeza una tapadera

¿Qué son sinó esos planos circulares o cónicos que se ponen por sombrero ciertas damas?

Si para cubrir la cabeza cualquier cosa cuadra bien, no les hace falta acudir a tienda de modas. En el ajuar de cocina podrían encontrar muchas piezas que les servirían a maravilla.

Un guiño simpático

Es el que hacen los coches modernos con sus luces encendidas para indicar un viraje.

Guiño por la derecha, guiño por la izquierda. Guiño por delante, guiño por atrás. Aviso y saludo al mismo tiempo para el peatón que los contempla. Y réplica asimismo al brazo extendido horizontalmente de que se valen todavía los conductores de coches carentes de aquel dispositivo.

Puestos a escoger entre el brazo que se dispara inmediatamente desde la ventanilla, o el guiño rojizo y continuado usado por los últimos modelos de automóviles preferimos indiscutiblemente éste. Es mucho más simpático y a la par más convincente.

Foco

rados rocosos y lo túpido de su arbolado no dan verdaderamente la impresión de que nos encontremos en las orillas del Mediterráneo.

LUPAXA.